

¿POR QUÉ LEER?

La vida misma



Robert Saladrigas

Era muy niño cuando abrí al azar el primer libro y me llevó con él a donde quiso llevarme. Ahora sé que me condujo al territorio del sueño, que me liberó en él, y que

desde entonces nunca he dejado de sentirme libre en la lectura ni, por supuesto, en el sueño. Abrir aquel primer libro y permitirle que me sedujera como lo hizo, sin oponer resistencia a la fascinación que me deslumbró para siempre, es, sin duda, el hecho trascendental cuyos designios han determinado mi vida. Nada, absolutamente nada de lo que soy ahora mismo, me resulta concebible sin la luz que arrojan sobre mi circunstancia los efectos de la lectura incesante, ininterrumpida, insaciada.

Nunca he creído que leer significara huir despavorido de la realidad de un mundo que no aporta la felicidad indispensable al hombre. Muy al contrario, la lectura proporciona la ocasión de descubrir que ese mundo aparentemente romo, limitado y sin alternativas, está compuesto por una serie de fisonomías infinitas en la práctica, que a su vez identifican otras realidades, variadas formas de ver y de entender la vida, tan veraces o más que aquellas que sólo le conciernen a uno. El hallazgo y exploración de cada uno de esos universos ocultos en el mundo que nos es impuesto, el aliciente de conocerlos y hacerlos propios, es quizá la propuesta más excitante y hermosa que se le ofrece al individuo para experimentar a fondo

el placer de la aventura y conjurar la influencia maligna de la soledad.

Después he escrito algunos libros, que trataban acerca de mi vida y de la vida de los otros, combinando en la magia de la escritura realidades e imaginación. He traducido en palabras el secreto de los sueños que aprendí a desvelar en la lectura. De modo que si con el tiempo he llegado a ser un fabulador, es porque mucho antes y por encima de todo he sido y soy un lector. Y ante el hipotético dilema de hacer un libro propio o leer los libros que otros han hecho o hacen para que pueda gozarlos con avidez de criatura apasionada, elegiría sin vacilar la opción de leerlos.

Afirmo así, con legítimo orgullo, mi vena egoísta. Me rindo a la capacidad de seguir soñando con la inteligencia y los sentidos agudizados, frente al esfuerzo brutal que supone alimentar los sueños ajenos.

Sólo en la pér-

didada de cierto atributo percibo un síntoma de la fatiga producida por los años. Echo francamente de menos la inocencia con que leí cientos de libros que dejaron huella en mí, algunas indelebles. Eso suele coincidir con la etapa llamada de madurez y es preciso aceptarlo como uno más de los imperativos de la vida. Por lo demás, estoy donde estaba al principio. Cada vez que abro un nuevo libro, siento lo mismo que cuando abrí aquel primero: un escalofrío ante la inminencia de lo desconocido que si nada falla pronto, muy pronto, habré asumido como parte de los mil y un rostros que al final conformarán mi retrato biográfico. ■



MARIA RIUS